LA PALABRA

I.- LA PALABRA EN DIOS

1.- *El Verbo y la Verdad identificadas en Díos, Fuente de todo ser y verdad*

"En el Principio era la Palabra". El Ser infinito iluminado eternamente por el Verbo infinito, el Acto puro del Ser o Verdad identificado con el Acto infinito del Entender o Palabra. Desde toda la Eternidad todo ser es inteligible y está entendido; está expresado en su verdad por el Verbo.

Todo ser es verdadero, asequible y formulable por el verbo de la inteligencia, precisamente porque en su origen imparticipado el Ser o Verdad está entendido y formulado por el Verbo en la identidad de un mismo Acto infinito.

Desde esa Fuente originaria de Ser y Entender infinitos identificadas, desciende por participación suya todo ser o verdad y todo entender o verbo finito. El Ser o Verdad exhaustivamente entendida por el Verbo se proyecta en todo ser y entender finitos, que sólo son por participación de aquellos. Toda *esencia* o modo de ser finito únicamente es por participación inmediata de la Verdad y del Verbo infinitos, que necesariamente lo dice y constituye, y toda *existen*cia finita llega a ser, permanece y crece en su acto o perfección sólo por participación inmediata del Verbo infinito amorosa y libremente pronunciado.

2.- *La doble participación del Ser y Entender divinos*

La identidad originaria de Ser y Entender en el Acto imparticipado e infinito, se escinde en su descenso participado y finito: la verdad o inteligibilidad de los entes materiales, por una parte, y la inteligencia espiritual del hombre, capaz de pronunciarla y de restablecer así -siquiera inmaterialmente- la unidad de Ser o Verdad y del Verbo en el seno del acto intencional de éste.

II. -DEL VERBO IMPARTICIPADO AL VERBO PARTICIPADO

3.- *La palabra constitutiva de las esencias*

En todas las cosas podemos distinguir la esencia de su existencia: aquélla constituida por las notas que la definen, que la hacen tal o cual cosa; **y** ésta, por el acto que confiere realidad a esas notas, es decir, que hace que la esencia realmente sea en sí misma.

La esencia es un modo capaz de existir, algo que no existe ni es real en si mismo antes de existir, pero que es más que la nada, pues, a diferencia de ésta, puede llegar a existir. Es un modo de existir, una capacidad finita de participación de la Existencia misma. Por eso, si esta

Existencia no fuese posible, las esencias no tendrían sentido, se diluirían en lo impensable, al carecer de referencia a la Existencia que las fundamenta.

Pero la Existencia misma no puede ser puramente posible, debe existir necesariamente, pues de otra suerte no podría llegar a existir, dejaría de ser la Existencia y sería imposible y absurda.

Por eso, como ya lo advirtió Leibniz, las esencias suponen y son participación de la Existencia en sí de Dios, y ellas mismas constituyen, por el solo hecho de ser, una demostración de la Existencia de Dios. Porque si Dios no existiese, si no existiese la Existencia en sí infinita, las esencias se destruirían en su propio ser, dejarían de ser tales, y nada sería posible ni imposible, y nuestro pensamiento o verbo perdería todo objeto y se desvanecería en el sin sentido.

La Existencia o Perfección infinita está identificada con su Verbo o Pensamiento. Este Verbo infinito comprehende exhaustivamente su Existencia también infinita, y no puede dejar de ver en Ella IGS infinitos modos finitos capaces de participar de la misma: no puede dejar de ver y constituir las infinitas participabilidades o *esencias* finitas. Si el Pensamiento divino no las de-velase **y** formulase, dejaría de ser infinito. Por eso, en su Perfección infinita de Existencia, el Verbo divino ve y constituye de un modo necesario las *esencias*, capaces de existir fuera de Ella.

Las esencias son porque el Verbo de Dios necesariamente las contempla en su Esencia y, en viéndolas, las constituye o, con mayor precisión aún, porque las está pensando y constituyendo. Son seres reales sui generis en sí **mis**mas, antes de existir, porque son objeto del Verbo divino que las dice **y** constituye.

Por eso las esencias son inteligibles, son verdaderas, capaces de **ser en**tendidas. Y son verdades eternas, inmutables y en número infinito, como **el** Pensamiento divino, que desde toda su eternidad **y** de un modo necesario **les confiere ser propio.**

4.- *La Palabra identificada con el* Amor

El Verbo de Dios no sólo constituye las esencias; identificado con el Amor infinito de su Voluntad, pronuncia además y generosamente su palabra que confiere existencia o acto real a las esencias, que libremente elige. Porque, a diferencia de las esencias, cuyo nombre no puede dejar de ser pronunciado por la Inteligencia divina, las existencias no son necesariamente queridas por la Voluntad y el Verbo infinito. En efecto, Dios no necesita de las existencias creadas, es infinitamente perfecto y feliz en sí mismo. De aquí que Dios confiere existencia a las esencias por un acto libre y generoso de Amor, formulado por su Verbo, como una participación de su Existencia o Perfección.

Por todo lo cual, con toda verdad, podemos afirmar: *somos porque Dios nos piensa y existimos porque Dios nos ama.* Nuestra esencia es tal bajo la Palabra o Verbo divino que necesariamente la está diciendo, y llegamos a la existencia, nos mantenemos y acrecentamos en ella -*creación, conservación y concurso divinos*-, porque el Verbo divino nos está transmitiendo el mensaje generoso del Amor, que nos hace partícipes de su Existencia. "El lo dijo, y fueron hechas"**.** "Y sin El nada se hizo de cuanto ha sido hecho"**.**

5.- El mundo ininteligible *y del absurdo del ateismo.*

El ateísmo conduce a la destrucción, más aún a la aniquilación de las esencias y de la existencia.

Jean P. Sartre lleva el ateísmo hasta sus últimas consecuencias. En efecto, si las esencias son porque Dios las piensa, es claro que si Dios no existiese, no habría esencias, sólo sería la nada. Sartre ha aceptado la conclusión: "no hay esencias, porque no hay Dios que las piense". Y sigue adelante hasta la aniquilación del ser. Sin Dios, el hombre es un "ser que no es lo que es y es lo que no es"**,**"es una pasión inútil"**.**

Por otra parte el ser del mundo material -el único verdadero ser para Sartre- no tiene razón de ser, es un ser absurdo que está ahí sin saber por qué y, en definitiva, no es sino un *puro aparecer* en este ser del hombre, que no es, que es la nada del ser.

Sartre ha aceptado el dilema: o el Ser de Dios o la nada absoluta; y ha optado por la nada. Naturalmente esto es absurdo, porque si todo fuera nada, tampoco habría filosofía de la nada ni nadie para decirla: todo sería una obscuridad cerrada y un silencio imperturbable,

Cuando se suprime o se prescinde del Verbo, el mundo pierde su inteligibilidad, su verdad y, por eso mismo, su bondad y su belleza. No hay ya verdad que pronunciar, no hay bondad que amar, no hay belleza que contemplar.

Es el mundo de la obscuridad y del absurdo, el mundo del silencio incomunicable, que no puede responder a la pregunta del hombre, porque ha sido despojado de su verdad, de su bondad y de su belleza, que por su contingencia únicamente pueden descender del Pensamiento y del Amor de Dios. Por ,eso, aun la pregunta se deshace en el sin sentido o nada que quiere ser y que nunca es, por eso el ser que interroga -el hombre- es "una pasión inútil", un anhelo de ser, frustrado desde la raíz de su nada. 0 como dice Simone de Beauvoir: "una trascendencia finita siempre fracasada en la nada".

Y, ¿no es éste acaso el mundo en que se debaten tantos hombres de nuestros días, que han dejado de oír la Palabra de Dios en las cosas? Un mundo absurdo, que por eso se manifiesta en la "náusea" (Sartre) o en la "angustia" (Heidegger). Un mundo sin esperanza, que nos conduce a la desesperación **y** la nada (Sagan y S. Beauvoir).

III. -LA PALABRA HUMANA

6.- Situación privilegio del hombre por su espíritu

Afortunadamente para nuestro espíritu, para las letras, las artes y la filosofía, todo este mundo de la nada es impensable. Esta hipótesis diluye por si misma su propio absurdo, no puede formularse siquiera sin contradicción, porque el hombre no puede pensar ni hablar sin

una esencial referencia a la verdad, no puede amar sin una esencial referencia a la bondad ni puede contemplar sin una esencial referencia a la belleza trascendentes o realmente distintas de él, vestigios de la Verdad, de la Bondad y de la Belleza y del Verbo de Dios, por los que se comunica al ser espiritual -*Imago Dei*- que es la persona humana.

" Pregunté a la tierra, y respondió: no *soy tu Dios;* y a cuantas cosas se contienen en ella, y me respondieron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a todos los animales que viven en las aguas y me respondieron: no somos *tu Dios,* búscale más arriba. Pregunté al aire que respiramos y respondió' todo él con los que le habitan: Anaxímenes se equivoca, porque no *soy tu Dios.* Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas, y me dijeron: *tampoco somos nosotros ese Dios* que buscas. Entonces dije a todas las cosas que por todas partes rodean mis sentidos: ya que todas vosotras afirmáis que no sois mi Dios, decidme, al menos algo de El. Y con un gran voz clamaron todas: *El es el que nos ha hecho".* Y hermosamente lo ha dicho nuestro poeta Leopoldo Marechal: "Las creaturas dicen al que sabe oír: somos bellas, pero no somos la Hermosura que nos creó hermosas, somos buenas pero no somos la Bondad que así nos creó.

Porque esa es la grandeza del hombre por su espíritu, que lo capacita para de-velar la verdad y escuchar la palabra dicha por Dios en las cosas. De todos los seres del mundo, únicamente el hombre no sólo es, sino que por su espíritu, *sabe que es y que las cosas son.* "Qué pequeño y miserable es el hombre, dice Pascal, pero el hombre, sólo él, sabe que es miserable y ésa es su grande*za.* Y además sólo él es libre y tiene conciencia de ello. Es libre para modificar y perfeccionar su propia actividad y ser y el ser de las cosas. En una palabra, sólo el hombre es el ser que ha recibido de Dios el don inapreciable de la palabra, capaz de preguntar y de de-velar el ser o palabra constitutiva de las cosas pronunciadas por Dios en lo más íntimo de ellas, y el don de la palabra para continuar la obra de la Palabra creadora de Dios en el inundo y constituir así el mundo propio de la persona humana, que es la *cultura.*

7.- *La palabra humana confiere acto a la verdad de los entes mundanos*

La esencia de los seres materiales, constituida por la palabra o verdad pronunciada por Dios, y su existencia, mensaje de amor de la Voluntad divina, transmitido por su Palabra creadora, son, por eso mismo, participación y destellos del Verbo de Dios.

Mas la esencia y la existencia están ocultas a si mismas por la materia. Son una verdad que ellas no llegan a entender, una palabra que no llegan a formular.

Pero he aquí que sobre ese mundo entenebrecido por la materia, irrumpe el espíritu con su luz inteligente, que ilumina esa verdad oculta y pronuncia la palabra que estaba en ella en silencio. De nuevo la palabra encerrada en la materia logra la luz de su acto en el acento espiritual del verbo del hombre que la pronuncia. Ese ser que es -esencia- y existe -existencia- por el entender e> Palabra divina que la pronuncia y constituye en su verdad y, que sin saberlo lleva la impronta de ese Verbo, se reencuentra con el acto de su palabra en el acto de otro verbo que la rescata de su inconsciencia y la hace revivir en el seno vibrante de su acento espiritual.

Aquella identidad real y perfecta de la Verdad y Entender en el Acto infinito de Dios, es participado por las cosas materiales mediante la Palabra divina dicha en ellas, y que éstas reciben inconscientemente, y es participado de un modo consciente por el ser y la actividad

espiritual del hombre: por su inteligencia de-vela y pronuncia la palabra oculta en las cosas y en su propio ser y vuelve a darle su sonoridad actual en el acento de su verbo.

Si las cosas materiales pudieran tener un deseo, seria precisamente ese: que un ser espiritual con su verbo las rescatase de su obscuridad y de su silencio en la luz y en el acento de su acto.

En la palabra humana se reencuentran por participación -siquiera finita e intencionalmente- el ser y el entender, la verdad y la palabra, que en su origen imparticipado divino están realmente identificados en su Acto infinito.

La palabra humana no crea la verdad de las cosas, pero les vuelve a conferir el acto de su inteligibilidad, las recrea en la luz y en la armonía de su propia verdad y belleza, con el acento de su verbo.

8.- *La palabra del filósofo, del poeta y del místico*

Tal de-velación y formulación de la verdad de las cosas, al alcance de todo verbo humano, por diversos caminos, logra toda su significación en la palabra del *filósofo, del poeta* y del *místico.*

El verbo del filósofo es el que penetra y rescata la esencia de su obscuridad, al encenderla en la luz de su verdad. La palabra pronunciada por Dios en las cosas, a través de un esfuerzo de razonamientos sucesivos llega a ser colocada por el filósofo en el acto de su inteligibilidad o verdad. Y desde ella -la verdad o palabra participado-, por un riguroso discurso metafísico llega el filósofo hasta la Palabra imparticipada, Razón y Causa primera de toda otra palabra, y sin la cual la palabra de-velada y escuchada en las cosas perdería toda razón de ser, toda consistencia y se diluiría en la obscuridad y el silencio.

Los seres finitos y contingentes se presentan en su esencial referencia al Ser infinito y necesario, que da razón de ellos, su verdad en su esencial referencia a la Verdad en sí, su palabra pronunciada en su esencial referencia a la Palabra pronunciante, como un eco que remite a la fuente misma del Verbo o Palabra divina.

En cambio, el *verbo del poeta* llega intuitivamente a la belleza de la "forma splendens" en su integridad y armonía. Con su palabra bella evoca el acento creador al pronunciar las cosas, y desde él asciende a su fuente originaria de Belleza infinita. Lo que el metafísico logra con riguroso y a la vez arduo razonamiento, el poeta lo alcanza con una mirada de su alma limpia en los destellos de la belleza de las cosas y asciende, en un movimiento connatural, hasta la Belleza divina que los causa.

Poeta es quien descubre ese dejo de belleza, quien escucha ese acento hermoso depositado en lo más íntimo de los seres por su divino Autor, quien lo recrea con su mente y sabe ascender por él intuitivamente y sin esfuerzo a la Hermosura misma divina, que los irradia.

Esta poesía que Battistessa llama "de celebración", es la que ha cantado hermosamente nuestro poeta Leopoldo Marechal en "Descenso y ascenso del alma por la belleza": por la hermosura de las cosas, el alma sube hasta su Fuente originaria, la Hermosura de Dios; y a su

vez desde Esta desciende hasta sus destellos finitos que la irradian. Es la poesía que va desde San Francisco de Asís hasta Paul Claudel.

Un día Mallarmé comprende que su canto se diluye, desarticulado de esta Fuente divina, a la que no supo llegar; y desde entonces opta por callar ante una poesía imposible para él.

Transida el alma por la Verdad y el Amor del Amado, del Verbo encendido que deja oír sus "dejos amorosos" en lo más íntimo de su ser, el *verbo ardiente del místico* con más vigor y penetración aún que el del poeta, descubre intuitiva y amorosamente, en cada cosa, las huellas de Aquel por quien suspira y muere. El universo cobra para él la sonoridad de un inmenso y armonioso himno, que canta al Amado presente en su alma, asume el acento de mil voces, que le hablan de Aquél que es su Amor y su Vida, de Aquél que las crea y hermosea con su Verbo amoroso creador. La palabra dicha por Dios en las cosas y la misma Palabra de Dios que las dice son comprendidas en una sola mirada de amor, en una inefable experiencia que trasciende todos los conceptos y que, por eso mismo, para expresaría el místico necesita echar mano de la palabra poética, a fin de sugerir lo que la inteligencia no puede formular. Por eso, todo místico es además y eminentemente un poeta, o inversamente, en la gráfica expresión de H. Bremond, todo poeta es "un místico truncado"; o como hermosamente dijera L. Marechal: "sólo en el acto de la contemplación se asemejarían el místico y el poeta (...). Más el místico y el poeta se distancian entre sí, no porque tomen rumbos diferentes, sino porque mientras asciende el místico a nuevos grados de contemplación, el poeta se detiene, queda inmóvil, cerrada la vía, truncado el vuelo (...). Dejamos a uno y otro puestos entre dos noches: la que abajo negrea sobre un mundo que no sabe decirle lo que buscan, y la de arriba que no quiere aún prometerles el amanecer. Pero el místico asciende todavía y es tanta la excelencia de su vuelo, que lo de arriba se le va aclarando a medida que lo de abajo se, obscurece. Mientras el poeta encadenado entre dos noches retorna cien veces a la de abajo, sondea mil veces la de arriba, en una alternación de obscuridades e iluminaciones, en un terrible desasosiego, en un ansia de evasión que le hará multiplicar las tentativas heroicas y los íntimos fracasos".

Acaso ningún místico haya ascendido más alto hacia la noche de arriba, que San Juan de la Cruz. Acaso en ninguno más que en él el mundo ha asumido esta referencia encendida hacia el Alnado:

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me *dejaste con gemido?*

Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras ti clamando y eras ido

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras
¡Oh bosques y espesuras
Plantadas por la mano del Amado!
íOh prado de verduras
De flores esmaltado;

Decid si por vosotros ha pasado!
Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y, yéndolos mirando
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

¿Por qué, pues has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste?
Y, pues me lo has robado,
¿Por qué así me dejaste,
Y no tomas el -robo que robaste?

Y, en la *Noche Obscura,* es donde mejor aparece este ascenso de las creaturas -la obscuridad- hacia Dios -la luz-.

"En una *noche obscura,*
Con ansias, en amores inflamada,
¡Oh dichosa venturas!
Salí sin ser notada,
estando ya mi *casa sosegada.*

En *la noche dichosa,*
En secreto, que nadie me veía
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz y guía
Sino la que en el corazón ardía.
Aquésta me guiaba

Más cierto que la luz *del mediodía,*
Adonde me esperaba
Quien yo bien me *sabía*
En parte donde nadie parecía
¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que *el alboradas!*
¡Oh noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en *el Amado, transformada.*

La noche sosegada
En *par de los levantes de la aurora,*
La música *callada,*
La soledad sonora,
La cena que recrea y enamora

9.- *La palabra del hombre creadora de su mundo propio: la cultura*

Con su espíritu el hombre ha recibido de Dios el don, no de crear pero sí de pronunciar la verdad dicha por Dios en las cosas, de de-velarla y encontrarla en el ámbito luminoso de su Verbo.

Sin embargo, esta palabra luminosa, que no crea el ser o verdad de las cosas, es capaz de continuar la Palabra creadora que confiere y acrecienta el ser o verdad de las mismas, y crear ella también -no de la nada, como Dios desde los entes mundanos y el propio ser humano, un mundo propio, exclusivamente suyo, elaborado por él y para él, que de él nace y en él encuentra su término: el *mundo de la cultura.*

Por su verbo la inteligencia de-vela el ser y las relaciones de las cosas Y del propio hombre, y luego dirige la actividad libre para transformarlos y acrecentarlos en su perfección.

Esta palabra creadora, que brota del espíritu, transforma las cosas materiales, unas veces para hacerlas *útiles,* y otras para hacerlas *bellas* o ambas cosas a la vez. Esta palabra que acrecienta la utilidad y la belleza de los entes mundanos, constituye la técnica y *el arte.* Con ellas el hombre hace más fácil y más agradable su vida en la tierra.

En una instancia superior, por la palabra que dirige su acción libre, el hombre llega a transformar su propia libertad, a enriquecería con los *hábitos o virtudes morales,* a fin de que de un modo permanente gobierne sus pasiones. Con tales virtudes logra el perfeccionamiento de su libertad, liberada de la esclavitud de sus pasiones, y con ello la orientación de su vida a la conquista de su último Fin y plena perfección humana.

Finalmente, este verbo enriquecedor se dirige a crear en la inteligencia los hábitos que la enriquecen en su ejercicio en busca de la verdad. Tales virtudes intelectuales son unas especulativas: la *ciencia* y la *filosofía,* y otras directoras de la actividad práctica, ya moral: la prudencia, *ya técnica-artística: el arte.*

Para que estos tres sectores del perfeccionamiento humano de las cosas y del hombre sean realmente cultura, es menester que el verbo que las crea, las ordene a la vez jerárquicamente: que la actividad y los frutos de la técnica y el arte estén subordinados a la moral y al bien del hombre específicamente tal, y los de aquélla al bien de la inteligencia, precisamente porque por ésta alcanza la Verdad trascendente infinita y, con ella, el Bien supremo, cuya posesión confiere a la persona humana en el término de su vida su plenitud y su felicidad; y que ya en el tiempo lo aproxima a ella.

Tal subordinación jerárquica es una exigencia del mismo fin de la cultura, ya que lo que el hombre se propone con ella es su propia perfección, como *homo viator,* en orden a alcanzar su plenitud con la posesión del Bien infinito como homo *beatus.* Sin esa subordinación al grado superior y, en definitiva, al bien del hombre, los grados de la técnica y del arte no logran su propio bien de servir y ayudar a aquél, y la misma moral pierde su supremo sentido, si no se subordina a la contemplación intelectiva de la verdad, por donde el hombre se abre a la trascendencia y alcanza su Bien definitivo.

Los tres sectores, jerárquicamente ordenados entre sí, constituyen la ver*dadera cultura o humanismo;* porque, a través de su libertad, expresada por el verbo creador, el hombre

impregna de su espíritu y de sus bienes, es decir, humaniza al propio hombre y a las cosas en función del mismo, en pos de la obra del Verbo creador de Dios.

IV.-EL VERBO PERSONAL DE DIOS EN EL HOMBRE

10.- *La transformación divina* y humana *del hombre por el Verbo encarnado*

El Verbo de Dios no se contentó con pronunciar su Palabra necesaria en las esencias y su Palabra libre y amorosa en las existencias de los entes del mundo y del hombre, y la palabra develante y transformadora propia del espíritu humano; quiso Ella, la Palabra o Verbo personal de Dios darse a los hombres en la Encarnación, en un hombre que es Cristo, para brindarles su Verdad y su Vida. "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" "A cuantos le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser lujos de Dios".

El Verbo de Dios, hecho hombre en el seno de María, transformó el mundo y la vida de los hombres, y cambió el rumbo de la historia. La buena nueva iluminó a los hombres, les enseñó el camino que conduce al Padre y a su mansión, y los transformó en hijos de Dios y hermanos suyos en la plenitud de la vida de Dios en su Cuerpo vivo que es la Iglesia. El Verbo divino vive en su Iglesia con la Luz de su Verdad y la fuerza de su Vida.

Pero este Verbo de Dios, amorosamente dado a los hombres en Cristo, no se limita a pronunciar su Palabra divinamente transformadora del hombre; "por añadidura" pronuncia también la palabra humanizante, que rescata a la persona y a la sociedad del pecado y de su esclavitud, a fin de restituirlas a su natural grandeza y libertad propia del espíritu. La persona humana, liberada del pecado, libre en sí misma por encima de toda potestad humana en lo que hace a su Fin y Destino divino y realización de su ser en el camino a la consecución del mismo; los derechos de la familia para su fin específico: la procreación y educación de los hijos y la promoción de sus miembros, la liberación de la mujer de la esclavitud frente al hombre y la igualdad de los derechos y deberes de ambos, el derecho al trabajo y a la propiedad, la libertad religiosa y, en general, la dignidad de la persona humana, como todos los derechos que emanan de su naturaleza espiritual, anteriores a todo derecho positivo y superiores a él, cuando éste los contradice: son los bienes propios del ser humano, que el pecado había deteriorado y hasta destruido, y que fueron rescatados por Jesucristo, la Palabra divina hecha hombre, hermano nuestro.

Cuando el hombre quiere organizar su vida al margen de esa Palabra divina, no sólo pierde la fe y la vida sobrenatural cristianas, sino también el camino de la dignidad y de la grandeza humana y recae en todos los vicios, en la abyección y en la violencia.

Pese a los múltiples y diferentes ataques de todos los tiempos para ahogar la Voz divina, el eco y la Luz del Verbo de Dios, que resuena e ilumina a través de las regiones y edades, y restablece el orden sobrenatural cristiano y humano, no muere, perdura para bien de los hombres, en toda su fuerza en la Iglesia -en los Sumos Pontífices, sobre todo- defensora de los derechos y dignidad de las personas, de la familia y de la sociedad.

Sin duda, por eso, cada Navidad y cada Pascua, los hombres, dejando de lado sus cuidados y angustias terrenas, levantan su mirada y su corazón para escuchar de nuevo esa Palabra de

redención y de paz. Con la fuerza de su acento, la Palabra encarnada en Cristo devuelve a los hombres la esperanza y les infunde fe y confianza para trabajar en busca de un mundo más cristiano y más humano, en el amor, la comprensión, la confianza y la paz.

La Iglesia y los hombres, el mundo natural y sobrenatural, son destellos de la Luz del Verbo, son la palabra dicha por la Palabra divina, que con su acento u omnipotencia les confiere su verdad y su belleza. "Todo fue hecho por el Verbo y sin El nada fue hecho"**.**

Toda la realidad natural y sobrenatural, del mundo material, del hombre y de la Iglesia, son lo que son y se desarrollan hacia su perfección, como participación y destello del Verbo de Dios, son la palabra pronunciada por la Palabra divina, la presencia en el mundo del Verbo de Dios, que con su acento omnipotente les confiere su ser, los afianza y acrecienta sin cesar en El, o lo que es lo mismo, en su Verdad, en su Bondad y en su Belleza. Omnia per Ipsum facta sunt, Todo fue hecho por el Verbo".

Mons. DR. Octavio N. Derisi